

do a España. Y no es sino el desquite de los germanófilos de 1917, o mejor de los carlistas.

Estoy dispuesto a que este confinamiento sea a costa del Directorio, o mejor de su Presidente que por sí mismo, y por instinto ruin de venganza individual, lo decretó en uno de sus accesos de cretinismo *tremens*. El pobre es de los que primero disparan y después apuntan.

Como he enseñado a trabajar a mis hijos, hay tres de ellos que pueden sostener, sin mi ayuda, a mi familia toda. Es lo que no previó el Primo de Rivera ese, que después de haberse jugado la fortuna de sus hijos—la que le llevó en dote su mujer—ha asaltado el poder prevalido de la cobardía del rey y del ejército, para rehacerla. Ni hay modo de tratar con un sujeto educado en timbas, prostíbulos y tabernas y que hace poco echaba toda su influencia para que no se le procesara a una ramera vendedora de drogas.

No pienso salir libre de aquí hasta

que no quede nuestra pobre España libre también de esa taifa de jugadores, libertinos, alcohólicos y carniceiros que la están deshonorando. Y blasfemos, pues que invocan el patriotismo.

Y este envilecer a España lo hacen a posta y adrede, rabiosos por su fracaso. Porque han fracasado, ya que todo el elemento civil decente y lo mejor del militar los repudia. Es una venganza sádica.

Y peor aún que su perversidad cínica y desvergonzada es su tontería. El pobre Dictador es vicioso e inmoral de puro tonto; su escasez intelectual le impide discernir lo que es digno de lo que es indigno.

Pero esto se acabará pronto. Y habrá servido para poner al desnudo a muchos hombres.

Le saluda.

MIGUEL DE UNAMUNO

Puerto Cabras de Fuerteventura, 21, marzo de 1924.

(España Nueva. Habana).

## ¡El pobre Luciano!...

(Viene de la página 215).

dallas. En ese instante lo veía como lo viera en la carrera, al llegar a la meta, con los cabellos radiantes y alborotados sobre la frente vencedora, las mejillas ardientes, el soplo de la vida agitando el blanco pecho desnudo y los labios sonrientes y victoriosos.

Después, ya mozo, apuesto y fuerte, adorado por las mujeres, entre las cuales sembró pródigo ilusiones, y las hizo suspirar y llorar mucho y hasta morir y entrar en conventos.

Seguramente fué en los campos femeninos en los que se diera más gusto de la cuenta y en donde dejó bastantes fuerzas que más tarde le hicieran falta.

Estuvo en Europa y cuando regresó tenía treinta años, estaba soltero todavía y traía los pelos de la cara arreglados como hacía con los suyos el Cardenal Richelieu. También trajo con esta moda capilar la costumbre de mezclar en su conversación y correspondencia expresiones francesas. Y todo esto, además de sus otros encantos personales, volvía locas a nuestras damas.

Fué en la tarde de un domingo, a la entrada del verano, cuando el pobre Luciano Montenegro conoció a Lupita Herrera. Estábamos en un recreo en uno de los parques, y la luz del sol, la música de flautas, pistones y clarinetes y las notas claras de las risas jóvenes y de los trajes claros ponía en el ambiente su filtro propicio al Amor. Aho-

ra pienso que en aquel instante el jardín público no era otra cosa que una red de cazar maridos: las mallas estaban formadas por música, luz del sol poniente y mujeres jóvenes y bellas.

Pasó Lupita Herrera.

Entonces Lupita Herrera estaba en sus veinte años y pocas veces he visto una juventud más encantadora que ésta.

Era alta, delgada y tenía un modo de moverse ondulante que a la par cautivaba el sentimiento estético e inquietaba la sensualidad. Era rubia y al verla se pensaba en un pino joven con la copa bañada por el sol. Como punto final de tantas gracias, Nuestro Señor le había puesto un lunarcito azul en una mejilla, lunar que el pobre Luciano llamaba con deleite *le grain de beauté* de Lupita.

Esa tarde la niña llevaba un traje lila vaporoso, y un sombrero de paja de Italia adornado con violetas, cuyas alas flexibles le abanicaban el rostro en donde los dioses habían puesto todas sus complacencias.

Y el pobre Luciano cayó en el lazo que el genio de la especie, en combinación con el Estado, que ofrecía la música halagadora de los sentidos y la imaginación, le tendían. Quiero decir que se enamoró como un loco de Guadalupe, y al cabo de un año se casó con ella.

Pero si se casaron, no fueron muy felices como reza en el final de muchos

cuentos de hadas. Y no lo fueron, porque del cuerpo gentil de Lupita—comparado por mí con un pino joven, etc.—de aquella cabeza salpicada por la gracia en una mejilla, comenzó a asomar la puntita de una manía que poco a poco fué adquiriendo tremendas proporciones. Para la mayor parte de las damas y caballeros serios no se trataba de una manía sino de una virtud: la del orden en su urna de limpieza. Para el pobre Luciano era un verdugo con aires de virgen inocente. Todo el afán de orden y aseo de sus abuelas estaba almacenado en esa cabecita que un día me pareciera la copa de un pino adolescente bañada por el sol.

Comenzó por cerrar el comedor, magnífica pieza con aparadores cargados de cristal y plata. Pero ellos dos, ¿a qué bueno desarreglar la pieza y hollar los bruñidos pisos? Mejor era poner una mesita en cualquier rincón y allí celebrar más en confianza el rito de alimentarse.

Con el tiempo vino el abandonar la alcoba tan llena de los recuerdos amorosos de los primeros días, y pasar a otra pieza más sencilla. ¡Daba lástima tener que desarreglar la cama cubierta con su colcha de seda tan lisa, tan lisa, y además le daba terror que la criada al hacer el arreglo cotidiano fuera a quebrarle alguno de los adornos distribuidos por el tocador y las repisas. Guadalupe en persona era quien hacía la limpieza de la habitación—cuando había que hacerla—siempre cerrada para que el polvo no fuera a poner su vulgaridad sobre el brillo de los muebles o la fragilidad de las porcelanas. Como en ese tiempo no se usaba entre nosotros que los matrimonios hicieran noche aparte, ni las camas gemelas, sino aquellos tálamos como templos, immanejables, Guadalupe con todo y su *grain de beauté* se escurría de panza bajo el lecho matrimonial y martirizaba el piso hasta no dejarlo sino como un remanso de agua cristalina. De allí le costaba a Luciano sacarla con súplicas y discursos, a él, que en los últimos tiempos se había vuelto tan casero y tan amigo de estar en zalemas y besuqueos con su mujer. Después estaba siempre en persecución de las huellas que las plantas humanas dejaban en los pisos; y criada y señora andaban diariamente a la zaga del infeliz, sacudiendo con saña cuanto granito de ceniza se escapaba de su cigarrillo. Además, el olor del tabaco producía náuseas a Guadalupe y Luciano tuvo que dejar su vicio para de puertas afuera.

Recuerdo haber oído a este palo humano de limpiar pisos, dando órdenes a un criado para que borrara ante mis ojos las marcas que en un día de lluvia dejaron mis zapatos en el zaguán.